

¡Sí, quizás esté lejano este día, pero vendrá!

Nosotros lo creemos, como creemos que la tierra germina bajo el rayo del sol. ¡Creemos que el 1.º de Mayo permanecerá para siempre y se agrandará en los años sucesivos y por la haz de todos los pueblos, y que después de haber redimido el trabajo, matará la guerra, y que después de haber confundido las clases sociales, fraternizará las Naciones, y que será venerada por las generaciones venideras, como una de las fechas más faustas y más gloriosas de la historia del mundo!



## UNA RESPUESTA

UN periódico, que no hace al caso nombrar, repitió con mucho escándalo la acostumbrada acusación contra aquellos socialistas *de mala fe*, los cuales, *viviendo en la opulencia*, no son los primeros en poner en práctica sus principios, haciendo participar de sus propios recursos y de sus propias delicias á sus compañeros necesitados. Verdaderamente, socialistas que vivan en la opulencia y en las delicias no conocemos en Italia. Conocemos, si, varios que en treinta años de trabajo intelectual, honrado y no inútil, no explotando el trabajo ajeno, han llegado á una modesta situación de comodidad y bienestar, situación que no les libra, sin embargo, de la necesidad de continuar trabajando hasta los últimos años para caminar y dar educación á sus hijos.

Y estos y otros socialistas de la misma

familia saben de manera ciertísima que además de ser caritativos con los pobres sin que brillen sus nombres entre los de los Comités de beneficencia, hacen sacrificios graves por la propia causa, dedicando á ésta con ánimo tranquilo un tiempo y una laboriosidad que equivalen anualmente, para ellos, á una suma sin duda algo superior á la que invierten en obras caritativas la mayor parte de aquellos por quienes son acusados de no ser socialistas sino de píco. Y conociendo á estos socialistas, sabemos que, al abrazar nuestra causa, no sólo no miraban á los honores que se consiguen por muy otro camino, ni á la fama que ya tenían, ni á entrar en el Parlamento, en lo que no han pensado jamás, sino que estaban plenamente convencidos de que renunciaban para siempre, al dar aquel paso, á todo honor oficial, á la pérdida de una popularidad fructífera, para conquistar una costosa y hacerse infinitamente más difícil que lo era en el pasado, el camino de su vida política si esta ambición les hubiere sobrevenido alguna vez. Y sabiendo todo esto, es absurdo pensar que pueda lanzárenos esta acusación que se nos lanza, de no ser socialistas sinceros.

Sin embargo, digamos toda la verdad: si estos socialistas indujesen á sus hijos á entrar en un taller en vez de enviarlos á la Universidad, y reduciéndolos á vivir como simples obreros, diesen á su partido y á los pobres todo aquello que no es absolutamente indispensable para su existencia (hacemos esta hipótesis, porque en la del acusador de amar una docena de compañeros á vivir algunos años con ellos en las «delicias», no tiene sentido común), si esto hiciese aquel socialista, nosotros, aunque dudando de que prestase por ese medio un servicio á su causa, en la que llegaría á estar sustraído ó desarmado á medias, los pocos campeones absolutamente independientes y libres que hoy la sirven, nosotros reconocemos que sería bastante más admirable, y—abstractamente hablando,—también más lógicos que ahora lo son (\*).

(\*) Al publicarse este trabajo en un periódico italiano, la Redacción escribió por su cuenta la siguiente nota:

«No estamos en modo alguno conformes con la opinión de nuestro ilustre colaborador (E. De Amicis); mantenemos, por el contrario, que *abstractamente hablando*, los socialistas acomodados que se desprendiesen de su hacienda, reduciéndose á vivir como simples obreros, serían, quizás, más admirables bajo un cierto sentimentalismo más ó menos «tolstoiano», hoy de

No lo hacen. Y bien, son hombres débiles, inficionados ellos mismos también del egoísmo, miseros mortales, en suma. Comprenden y sienten la causa de la verdad y de la justicia, la proclaman, combaten por ella, hacen por ella sacrificios de dinero, de ambición y de afectos. Pero no lo sacrifican todo. Digámoslo en tres palabras: no son héroes, y no tienen ninguna dificultad en reconocerlo y confesarlo ellos mismos, y no sin cierto remordimiento y cierto rubor.

En cambio, aquel periodista censor, y todos los demás con él, cometen una grave imprudencia, acusando por esto de mala fe á los aludidos; porque el defecto de no ser héroes parece que sea también común á los soldados de todas las causas que ellos esti-

moda; pero de ninguna manera más lógicos, porque menguaría y restaría fuerzas y medios á su propia causa, lo cual equivale á decir que originaría daños y perjuicios.

»Nosotros mantenemos, por el contrario, aun á riesgo de pasar por vulgares y brutales, que si de un socialista acomodado se apoderase la necesidad sentimental de repartir á los pobres y á los compañeros todo lo suyo, entonces solamente haría obra meritoria y heroica si se esforzase por refrenar semejante arranque, sublime, sí, sin duda, pero no razonable, que causaría solo la alegría... de los enemigos del socialismo.» (Nota de la Redacción para aquellos lectores que no lleguen á penetrar el velo de ironía que seguramente envolvió el pensamiento del escritor).

man más altas y más santas. Sabemos, por ejemplo, que el censor en cuestión es un creyente que en el triunfo de la fe religiosa ve la única solución posible á la cuestión social, que, golpeándose con la mano el corazón, suele decir: «yo soy socialista cristiano.»

Y bien: qué nos respondería si, sirviéndonos de su lógica, nosotros dijésemos á todos los creyentes, ricos y acomodados, eclesiásticos y seculares, liberales y conservadores: ¡oh vosotros, almas cristianas, vosotros que creéis en Aquel que decía: «dad lo superfluo á los pobres», por qué no dáis á los pobres vuestro superfluo *ut fiat equalitas*, como explica San Pablo? ¿Por qué no ponéis en práctica el principio del Maestro: «vende todo lo que tengas y distribúyelo entre los que no tienen nada»? ¿Por qué no dividís con éstos hasta vuestro último pan, como Él abiertamente prescribía? Os llamáis cristianos, y en medio de millones de criaturas humanas que se mueren de hambre, tenéis carruajes, hermosas casas, magnífica mesa, mil comodidades... *luego sois cristianos de mala fe.*

O conviene el autor del artículo en que diciendo esto tendríamos razón, y debe re-

conocer en tal caso que la acusación por él dirigida á los socialistas acomodados no significa nada porque se puede revolver contra él y contra sus compañeros de fe; porque es echar en cara á aquellos la falta de una virtud sublime de la cual ningún otro da ejemplo; porque es una censura que no hiere á los partidarios de una idea, sino á la sociedad entera: ó busca cavilar, teológicamente, sobre el significado de la palabra *superfluo*, y toda cavilación que sirva para defender á los suyos, servirá igualmente para excusar á los nuestros; ó discutir el hecho que nosotros le hacemos observar, y podremos decirle que él niega una verdad clara, experimental y palmaria como la luz del sol.

Y de cualquier modo que él quiera responder, el acusar á los socialistas acomodados de no ser socialistas de buena fe por el solo hecho de que no distribuyen entre los pobres toda su hacienda, es, como argumento contra el socialismo, un vago y tonto lugar común, que hará, como siempre, encogerse de hombros hasta á los niños.

Digamos más: creemos que de la falsedad de esta acusación están persuadidos aquellos mismos que la lanzan, y que, al

lanzarla, no les mueve la conciencia, sino la pasión. Son los socialistas acomodados, con efecto, aquellos que ellos detestan más cordialmente, precisamente porque son aquellos que, gracias á su bienestar, han gozado mejor del tiempo y de la manera de aguerirse con el estudio para la defensa de la Idea; aquellos contra los cuales no basta para combatir al socialismo blandir las armas enmohecidas y despuntadas de la vieja Retórica burguesa; aquellos, por último, que comprenden, mejor que otros, la lastimosa ignorancia en que están acerca de las doctrinas socialistas los que las detestan, y que también comprenden que tras de la ciencia que las combate, se esconde las más de las veces, bajo una gravedad presuntuosa de quien finge despreciar dichas teorías, la misma ignorancia supina que acabamos de mencionar.

